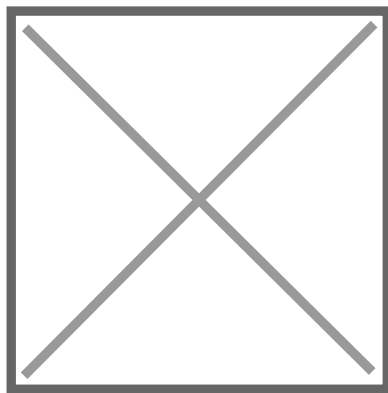




ANTICIPO

Rosa Montero

O la Fuerza de la Vida

Con un nuevo libro publicado viajará a Chile la afamada escritora y periodista española Rosa Montero. En espera de ambos arribos, les ofrecemos un anticipo de «El Corazón del Tártaro» (Espasa Calpe) y algunas reflexiones de la autora sobre ésta, su octava novela.

por MARÍA TERESA CORDERO

AUTORA de *La hija del Caníbal*, *Te trataré como a una reina* y *Bella y oscura*, entre otras novelas, así como de los relatos reunidos en *Amantes y enemigos* y *Pasiones*, Rosa Montero ha dado sobradas pruebas de talento narrativo, esa capacidad tan sencilla como escasa de contar bien una buena historia. Con la confianza que da el oficio, pero sobre todo por el placer inconsciente que la acompaña desde niña, una y otra vez vuelve a la ficción, complementándola con su trabajo periodístico en el diario «El País».

Inquietante por las fuerzas subterráneas y el suspense que la recorren, *El corazón del Tártaro* presenta el día sin duda más intenso en la vida de Zazra —Sofía Zaznamala—, aquel en el que un llamado telefónico anuncia el comienzo de una persecución y, con ella, el vértigo de la memoria. A sus treinta y seis años, la editora de libros medievales, soltera y sin pasado, va recuperando uno a uno sus recuerdos: el padre castigador, la relación con su gemelo, el reinado de la Blanca —la droga—, la traición, la cárcel... Un nuevo descenso a la «región más profunda y desolada del infierno», el corazón del Tártaro.

“Se escribe contra el tiempo, la decadencia, la pérdida”

—¿De dónde proviene su interés por la decadencia y el abandono presentes en la novela y representados físicamente en la casa de Rosas 297?

—No lo sé bien. Lo curioso con las novelas es que, aunque dominas la carpintería y las hagas muy exactas en su estructura, no controlas en absoluto el fondo, la sustancia, el porqué se te ha ocurrido una idea y no otra, un tipo de personaje y no otro, una historia y no otra... Las novelas son como sueños para el autor, se le meten en la cabeza y se obsesionan, te obligan a escribirlas. De todos modos, y en general, creo que uno escribe contra el tiempo, contra la decadencia, contra la pérdida. Contra la muerte. Creo que los novelistas somos gentes más obsesionadas con el paso del tiempo que la media de las personas.

—“La historia de la humanidad era en realidad la historia de una traición”, escribe, pero en este caso es también la de una liberación. ¿Desde un principio pensó darle esta posibilidad a Zazra?

—El origen de la novela, el huevecillo que dio lugar a todo, fue por un lado la inquietud ante el dolor y el mal, un sentimiento que está en el ser humano desde el principio de los tiempos, y por otro, la certidumbre de que las personas tenemos una fuerza prodigiosa para superar lo insuperable, para volver a reinventarnos, para volver a ser felices. De modo que, desde el comienzo de la novela, estaba la maravillosa sensación de que el ser humano es también luz y vida. Luego, claro, viene que escribirlo y creétele mientras lo escribías. Desde luego yo me lo he creído. Este es un libro sobre la fuerza de la vida y sobre la esperanza en esa fuerza.

—¿Es el ejercicio de la memoria, aunque fragmentada o oscura, el requisito?

—Sin duda uno no puede aspirar a una vida digna y razonablemente feliz si no ajusta cuentas



con su vida, si no asume su pasado, si no lo digiere, si no hace los duelos que debe hacer, si no acepta sus responsabilidades.

—¿No se aplicaría en este caso aquello de que “la infancia es el lugar en el que habitas el resto de tu vida”? ¿Cuáles son los matices?

—Justamente lo que dice la novela es que puedes salir de ese destino ciego. Tenemos la responsabilidad de nuestra vida en nuestras manos, y podemos y debemos ejercer esa libertad. Es como que la construcción del mundo tal y como lo viviste en la infancia gira sobre ti el resto de tu vida, pero madurar de verdad consiste en replantear esa infancia mítica y volver a dibujar la realidad presente. Y eso está a nuestro alcance. Creo que las desgracias vividas nos explican, pero nunca nos justifican; siempre hay una posibilidad de elegir.

—¿Por qué escogió el cubo de Rubik y su “desalentadora abundancia de posibilidades” como símbolo? ¿Alude con él a la libertad?

—No sé, el cubo de Rubik apareció casquidito dentro de la historia. Es un símbolo de la vida, tan compleja, tan oscura, tan desalentadora a veces, tan fastidiosa a la hora de entregarnos sus secretos, y asimismo representa la estructura de la novela entera, que es un rompecabezas, un enigma que el lector tiene que ir descifrando. No había pensado en la posibilidad que sugieres, pero podría serlo.

—¿Representan los gemelos la conciencia del otro, que es a la vez amenaza (persecución) y pérdida (nostalgia de lo que no somos)?

—Sí. Son, en efecto, la representación de lo otro. De los muchos “yo” que nos habitan, de la imposibilidad de serlos todos, del peligro de no poder ser uno solo. Y también es el bien y el mal, la vida y la muerte.

—En cuanto a la estructura y la idea de los relatos dentro del relato, ¿fueron estos los que dieron origen a su novela o, a la inversa, pensó en ellos una vez creada la trama?

—Los relatos aparecieron como dos años después de que hubiera empezado a trabajar en la novela. De hecho, me había atrancado, y los relatos medievales, que son todos inventados por mí, aunque los atribuya a Troyes o a Las mil y una noches o a Borges, conseguían darme la solución a la novela, el tono emblemático que necesitaba.

CUBRIR el largo trayecto de regreso como sonámbula. De cuando en cuando abría la ventanilla y sacaba la cabeza para escupir, porque le parecía que el Duque había dejado en su boca una saliva espesa y nauseabunda, la baba envenenada de una serpiente. No era la primera vez que sentía este asco indecible, pero en las otras ocasiones había estado protegida por la Blanca. Porque la Reina velaba por sus víctimas. Las envolvía con su amor helado hasta matarlas, como la araña envuelve a la mosca en fina seda.

Estaba desconcertada. Había cifrado todas sus esperanzas en la posibilidad de descubrir dónde se ocultaba Nicolás, con el convencimiento casi mágico de que, de conocer su paradero, ella podría convertirse en la perseguidora de su perseguidor, en la cazadora y no en la pieza. Esa transmutación era una muestra de salvarse y por el momento no se le ocurría otra. Pero no era eso sólo, el desencanto de sus planes, lo que la había dejado tan trastornada. Las palabras del Duque habían tocado una herida interior, un núcleo de memoria que abarcaba. Se había mantenido los últimos siete años contruyendo una vida meticulosamente vacía de recuerdos, y ahora el pasado empezaba a removerse dentro de su serpiente, como un insecto viviente, amenazando con salir y destruirlo todo.

Regresaba Zazra, pues, a la ciudad, sabedora de que acudir al encuentro de Nico. En algún lugar de ese abigarrado perfil de edificios se encontraba el aguardando con paciencia su llegada, de la misma manera que Pulso de Hierro aguardó durante años al Caballero de la Rosa para que se cumpliera fatalmente el destino de ambos. De repente a Zazra se le había venido a la cabeza el libro que estaba preparando para la editorial: era una edición de lujo de *El Caballero de la Rosa*, la hermosa leyenda escrita en el siglo XII por Chrétien de Troyes y descubierta por casualidad, en los años setenta, por un joven medievalista inglés llamado Harris, entre los manuscritos de un viejo monasterio.

Ese antiguo relato de amor y odio, de realidad y dependencia, le parecía ahora relacionado de algún modo con su propia vida. Le desagradó reconocer del libro, porque se trataba de una de esas obras que, como *Las mil y una noches*, arrastran consigo una maldición. En el caso de los relatos de Sherazade, se decía que quien leía el hecho en su totalidad moría abruptamente. En cuanto a *El Caballero de la Rosa*, se suponía que todos aquellos que tenían algo que ver con el texto quedaban condenados a un destino cruel. Ya lo avisaba el poético Chrétien al principio del libro: «Esta es una historia funesta...». De hecho, la obra quedó sepultada en un monasterio de Cornwallis y nunca se hizo pública; y cuando Harris la desempolvó, ocho siglos más tarde, la mayoría de los historiadores consagrados, como Jean Markale o Georges Duby, la consideraron un fraude. Harris fue despedido de su trabajo y murió durante una década perseguido por la ignominia, hasta que el gran medievalista Jacques Le Goff publicó su famoso e irrefutable ensayo probando la autenticidad de *El Caballero de la Rosa*. Pero ya era tarde; Harris se había convertido, para entonces, en un tipo amargado, un alcohólico, un miserable que fue de bronca en bronca y de pelo en pelo hasta que murió prematuramente de cirrosis.

Aunque, quién sabe, tal vez fuera así antes. Tal vez Harris hubiese sido desde siempre un tipo ator y el escándalo sólo le hubiera servido de excusa y alicata. ¿Hasta qué punto mientras moribundos pueden ser justificadas por la desgracia? ¿Hasta qué punto el cojo puede ser cojo y malo? ¿Le está permitiendo al ciego ser despiado? ¿Cuánta reindia puede ser perdonada, por ejemplo, por el suicidio de un padre o la muerte de un hijo? Tal vez le ocurriera a ella lo mismo; tal vez Zazra hubiera sido una planta torcida y espinosa desde el mismo principio, una mala zarza que nació ya maldita, arrastrando el peso de un destino canalla. Zazra la olivata, como el Duque decía.

Un soplo, había dicho también, es un viento que no respeta a su madre ni a su padre. La madre de Zazra había sido una irlandesa melancólica que se pasaba la vida en la cama, entre penumbras, coronada por un halo de patufalos empapados de lágrimas. Su padre, en cambio, era Dios. El mismo se lo había comunicado a Zazra cuando ella tenía cinco años. Pero era el Dios del Antiguo Testamento, una divinidad que degollaba niños.

Recordaba Zazra las tardes de verano. Había otros momentos y otros hechos, pero ella sólo recordaba aquellas tardes pesadas y calientes, cuando el padre se nimbaba en el sofá de su despacho e intentaba dormir la siesta y no podía. Entonces llamaba a Zazra; y cuando la cría entraba temblorosa en la habitación se lo encontraba sonriendo, con los pies descalzos y los pelos alborotados, vestido con el traje de baño y un albornoz encina.



Rosa Montero o la fuerza de la vida [artículo] María Teresa Cárdenas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Montero, Rosa, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rosa Montero o la fuerza de la vida [artículo] María Teresa Cárdenas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile